

 Andrés
Trapiello Me piden
que regrese

DESTINO

Me piden
que regrese

Andrés
Trapiello

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1662

© Andrés Trapiello, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: octubre de 2024

ISBN: 978-84-233-6585-2

Depósito legal: B. 15.407-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

1. Lo que nadie preguntaba	7
2. Puesta de largo en el Palace.....	23
3. Primeras impresiones de Madrid	43
4. Lo que hay que saber del caso.....	53
5. Y las primeras derivadas	77
6. Una excursión a los bajos fondos	83
7. Y otra visita a Alcalá de Henares	101
8. La triste historia de Rosita Haro	117
9. La prometedora historia del gran Chito ...	127
10. Una isla en el mar nuestro.....	133
11. Este era el plan de la Oss	139
12. Embassy, salón de té.....	159
13. La Dgs era una fiesta	183
14. Madrid se divierte	201
15. Otra fiesta en la embajada.....	215
16. A salvo en la calle Peligros	229
17. El proceloso estanque del Retiro	255
18. De película	263
19. Cruce de ajedrez y dominó	275
20. La vida sigue	287
21. La brigada especial también	309

22. Preparativos del gran día.....	313
23. La montería propiamente	321
24. Hogar, dulce hogar	339
25. La huida	355
26. El final	379

I

Lo que nadie preguntaba

Es frecuente empezar una historia asegurando que alguien llega a un sitio para matar a alguien que no conoce. En la vida real esto sucede menos, y por suerte hay más pistolas en las novelas que en manos de los lectores. Pero...

Organizado por la Oss (Office of Strategic Services), Benjamin Smith vino a Madrid «a apartar» [sic] a alguien de quien ni siquiera había oído hablar y que resultó ser un tal coronel Alfonso López Peñaflor.

También, y a espaldas de la Oss, Benjamin Smith venía a ponerse al corriente de unos asuntos que a él personalmente le importaban más. Su idea era quedarse en España un par de meses, resolver esos negocios y regresar a los Estados Unidos. Aunque esto último no acabó de estar del todo claro. Y pasar lo más inadvertido que pudiera, por la cuenta que le traía.

Benjamin Smith, naturalizado estadounidense, respondía hasta hacía tres años al nombre de Benjamín Buenaventura Cortés Cortés; en español, Veni, Bebé y Cecé, y en inglés, Ben y Bennie. Esta multitud de nombres trajo de cabeza un tiempo a la policía española.

Había salido de España como Cortés a finales de 1934 o principios de 1935 (constan las dos fechas), y en

1945 regresaba como Smith. En los treinta salió huyendo de la justicia y en 1945 volvía a instancias del gobierno de los Estados Unidos y condecorado con una Estrella de Plata al valor demostrado en combate en Francia.

El *Lusitania Expresso* hizo su entrada en la estación de las Delicias el 26 de febrero a las 9.20 con diez minutos de adelanto, y media hora después Cortés estaba subiendo las escaleras del Palace, en la Carrera de San Jerónimo.

Cortés era un hombre alto, 1,85. Tez cetrina y pelo negro, a la caja. Lo peinaba hacia atrás, como era uso. Cejas frondosas y de arco bien trazado. Junto a la derecha, una cicatriz, pequeña pero visible. Ojos negros, despiertos y hundidos. En Nueva York lo tomaban por italiano, y también, a cuenta de la nariz y del nombre, por judío. Una nariz grande y con un ligero caballete. Boca igualmente grande de labios meridionales. Al hablar en inglés tenía acento español y en castellano uno indefinido, como un vago perfume en las palabras, consecuencia del empleo casi exclusivo del inglés durante el tiempo que había permanecido en los Estados Unidos. Allí se relacionó mayormente con norteamericanos.

Había algo en él que llamaba la atención. Más que la cicatriz, más que la nariz incluso y tanto como el acento: su temple, su aplomo. Le asomaba en la mirada. Ojos negros, vivaces, decididos. Miraba siempre de frente, sin pestañear. Levantaba también ligeramente la barbilla. Algunos creían que ese era un gesto de suficiencia, y por eso lo tenían por persona antipática, incluso insolente, pero lo cierto es que aquella mirada recóndita suya se debía a su trabajo (al fin y al cabo, trabajo era): empezaba a ver mal, problemas de presbicia.

Pasaba por persona seria (uno de esos que se toman unos segundos antes de decir algo). Tenía treintaicuatro años, y como casi todo el mundo en la España de 1945, algunas cosas de las que enorgullecerse y otras de las que no tanto.

En el Palace le dieron una habitación del cuarto piso. Cuando le confirmaron que podía efectuar el pago en dólares, dejó cubierta por adelantado, mediante cheque bancario, una semana, y entregó unos *travels* para que alguno de los empleados acudiera a un banco a convertirlos en pesetas, *pocket money*.

Según le advirtieron, esa mañana había en Madrid restricciones en el suministro eléctrico (que afectaba al agua caliente del hotel). También le aseguraron que estas molestias eran puntuales, de modo que pasó por el baño sin quitarse el abrigo, solo para afeitarse.

Cuando bajó de nuevo a la recepción, le entregaron el cambio en pesetas («un gran cambio, señor; el dólar está fortísimo», le informó un solícito regente) y un sobre que alguien acababa de dejar a su nombre. Contó distraídamente el dinero y no prestó atención al sobre, que guardó sin abrirlo.

¡Respirar el aire de Madrid! Ese aire que no lo había en ninguna otra parte del mundo, el de la sierra de Guadarrama, el de Velázquez, el de la libertad. Y por supuesto que se sentía un hombre libre en ese Madrid, aun sabiendo que él personalmente seguía en busca y captura desde 1934. En 1945 la amnistía de 1936 era ya papel mojado. Y en medio de otras tribulaciones, esa mañana Smith era un hombre expectante y medianamente feliz, pero no tanto como Cortés: había vuelto a su ciudad natal, a su querido Madrid.

Hacía un día frío, pasajeraamente azul, vidriado y transparente. Había estado lloviendo toda la noche

y el aire se impregnaba con la fragancia de las grandes esperanzas; las expectativas, sin embargo, eran bastante dudosas y con un olor apelmazado, a hongos.

Se dirigió a pie a la Ate (Agencia Transatlántica Española) de la avenida de José Antonio a dar cuenta de su llegada.

Una chica pelirroja le informó de que su baúl tardaría aún dos semanas en arribar a La Coruña, y otros dos días más a Madrid. Llevaba un tupé de una cuarta sobre la frente, parecía un incendio. La naricilla correcta y el cuello más blanco que la leche con sus pequitas de color canela. Muy mona. Le pedía disculpas. Acababan de confirmarles por cable que el *Jaime I*, el buque en que venía su impedimenta, había tenido dificultades de última hora para completar la carga.

—Se suponía que el barco salía dos semanas antes que yo.

—Ya, mister Smith. ¿Qué quiere usted que yo le haga? Tiene toda la razón —atajó decidida.

Y adelantando su cuerpo sobre el mostrador, la joven bajó la voz, a modo de confidencia:

—Para mí que son todos unos sinvergüenzas. No tienen formalidad ni con usted ni con nadie. Estoy harta, porque, luego, la que paga el pato con el destinatario es una.

—Con esto no contaba yo. En fin. ¿Cuándo dice que llegará?

—Nunca se comprometen a dar una fecha segura. Puede presentar una queja, pero ya le digo yo que no servirá de nada. Las dos semanas no nos las quita nadie. Oiga, ¡qué bien habla usted español! ¿Acaba de llegar? Estará usted hecho migas. Migas... Estará usted *very tired*.

—La he entendido —y Cortés-Smith le sonrió a

esa manera de fingir interés, a ese «no nos las quita nadie», como si en verdad la cosa le importara algo a aquella muchacha tan simpática.

Se abrió en ese momento la puerta de la Agencia y entró un mozo de café. Desmedrado, pelo lleno de bultos, y una cara avispada e inteligente. Un niño con cara de viejo como hay viejos con cara de niño. Pero con algo muy simpático. Llevaba un mandil blanco sembrado de lamparones y un azafate en la cabeza, sujeto con una mano y cubierto con una servilleta a cuadros rojos y blancos. La otra sostenía una bandeja con tres tazas. Se desembarazó de todo.

—Hola, pelirroja.

—Tú, mico, menos confianzas, que hay personas delante.

Al retirar la servilleta, el amplio recinto de la Agencia se llenó de un intenso y verbenero olor a churros recién hechos, confirmando de ese modo que más aún que las palabras son los olores los que nos franquean las puertas del pasado.

El mozo ni siquiera esperó a cobrarse, y salió de allí ligero:

—Adiós, bella aurora —le cantó.

La chica pelirroja ni se molestó en contestarle y siguió buscando papeles en un archivador metálico de color alcaparra.

Smith la vio de pie, con su falda de capa, su chaquetilla de bolero y subida a unos zapatos con plataformas de corcho de diez centímetros. En cuanto volvió a sentarse, la pelirroja brindó al americano un pestañeo idealista, como sus ojos.

—Tiene que ser emocionante volar, verlo todo desde tan arriba. ¿No da miedo?

—La verdad es que no. ¿Qué edad tiene?

—¿Cuántos me echa?... Veinte, pero todos dicen que parezco menos.

Se mostraba contenta con sus veinte y muy a gusto con los treintaicuatro de aquel cliente tan... americano. Lo cierto es que si los veinte gustaban a muchos, les sucedía a los treintaicuatro de Cortés algo parecido con no pocas mujeres.

—Tendrá tiempo de viajar en avión. Es usted muy joven. Allí ya es casi como subir a un tranvía.

La muchacha lanzó un largo suspiro.

—Pues ya le digo yo que si le toca a una ese viaje que acaba de hacer usted, a estas horas estaría hecha migas.

Cierto. Como para acabar con cualquiera.

El clipper le había desembarcado la víspera en la terminal de Cavo Ruivo, en el muelle del Buen Suceso, sobre el mismo Tajo. Un muelle plagado de policías portugueses de paisano, agentes de Franco y espías alemanes, ingleses y franceses tomando sin disimulo nota de los viajeros que llegaban o pululaban por allí para quedarse o de paso. Y funcionarios y empleados de la embajada americana que iban a recoger a los suyos. Había durado el vuelo desde Nueva York veinticuatro horas, incluidas las dos de la escala técnica en Faial. A las cuatro se encontraba en la estación de Rossio, y a las siete y media de la tarde se ponía en marcha el tren. Del traslado del muelle a la estación se habían ocupado los mozos de la Pan Am, que operaba con Wagons-Lits. Nadie dudaba de que la mitad de los empleados de la Pan Am trabajaban también para la embajada americana y la mitad de los de Wagons-Lits para la británica y los servicios secretos de De Gaulle.

Cortés cenó en el vagón restaurante, y poco antes

de llegar a Torre de Vargens se retiró. Cuando el policía español del Servicio de Verificación Aduanera le despertó en Valencia de Alcántara, dormía profundamente. Le preguntó la razón de su viaje. Y él le respondió soñoliento: «Voy a visitar a la familia». Intercambiaron unas cuantas frases más sobre el tiempo, el servicio, el tren. El policía reparó en el pijama de seda azul que llevaba puesto y en una maleta de color camello, nueva, colocada en la red portaequipajes, y se despidió amable:

—Habla usted muy bien español, señor Smith.

Iba a oír lo mismo muchas veces.

Cortés se despertó poco antes de que amaneciera. Para acortar el tiempo sacó del bolsillo una agenda, pequeña, de piel. Sin estrenar. En su tapa oscura, estampado en oro, el año, 1945. Los cortes también de un oro rojizo. Tenía cosida a un lado una pestaña, y de ella extrajo un lapicerito del tamaño de un palillo de dientes. Cuatro días por página. Buscó la correspondiente al 26 de febrero, y fue escribiendo algunos nombres. Estos, por orden: Pilar, Senén, Cándido Expósito, Cándido L., Sixto, Esperanza, Concha. Al escribir este último nombre levantó la vista y miró por la ventanilla. Amanecía. Pocos momentos comparables al de ver amanecer desde un tren. Como un milagro. De la masa informe de la noche fueron emergiendo encinares y olivares, campos de labor, baldíos, montes bravos, fragas, estaciones fantasmales en las que el tren no se detuvo.

Fugaces nombres para el olvido. Y aunque Benjamín Cortés nunca antes había estado ni pasado por aquellos parajes, le resultaron conocidos, misteriosamente familiares. Como quien regresa a donde jamás estuvo.

Había hecho bien prestándose a ese viaje.

En la estación de las Delicias le recibió un empleado de Wagons-Lits que se encargó de su maleta y lo acompañó en taxi hasta el hotel (privilegio de quienes viajaban en primera clase).

Ese empleado también le hizo el cumplido:

—Mister Smith, qué bien habla usted español.

Hasta entonces no había reparado en ese acento, en la pátina que su español había echado, y Cortés decidió subrayar el Smith, si le convenía, forzando un poco más su acento inglés. Lo encontró divertido, como el niño que disfruta de un disfraz nuevo. ¿No era acaso un espía?

Nadie conocía su llegada. Excepto, claro, sus amigos de la embajada y la Oss (agencia precursora de la Cia). Y en ese momento también los de la Ate.

La muchacha pelirroja prometió mandarle recado por el botones de la Agencia en cuanto recibieran el baúl, y le escoltó con la mirada hasta la puerta.

Esa mañana llamaron la atención de Benjamín Cortés algunas cosas.

La primera: la Gran Vía era lo más cerca que La Mancha había estado nunca de Nueva York. Para él, mejor que Nueva York, donde vivía. Admitió en ese momento cuánto había echado de menos su Madrid.

Otra: vio en Madrid muchos mendigos, viejos raídos y acabados. Y niños que vagaban solos, algunos de ellos de muy corta edad, siete u ocho años. Una niña de doce o trece, andrajosa, con la cara sucia y extendiendo la mano para pedirles limosna a los peatones que consideraba caritativos. Cantaba a media voz un como cante flamenco. Nadie le prestaba atención. Había algo alegre en ella. Tristes, las mendigas vagabundas de Harlem.

Otra: un ciego en cada esquina vendiendo los cincuenta iguales; y dos moros, con su atavío de albornoces blancos y feces colorados, parados frente al escape de Marín Joyero.

Otra: dos enfermeras, las dos bellísimas, muy jóvenes, del brazo, con sus capas azules y sus gorritos. Los hombres se volvían, algunos con el piropo. Uno muy fino y muy gracioso. Les entró la risa. A Smith también le hizo gracia, y las muchachas, felices, le sonrieron a él cuando pasaron a su lado. Valía la pena atravesar el océano solo para estar presente en esa escena, pensó.

Otra: unos gitanos que estorbaban la circulación (con su cabra y su mono, la cabra estatuaria subida a un bote y el mono triste haciendo cabriolas); el guardia no se atrevía a desalojarlos y esperaba paciente.

Otra: ropas viejas, teñidas algunas de negro. El color predominante. Muchos lutos también sin distinción de clases, edades o sexo, lutos completos, alivios y brazaletes negros en las mangas de abrigo y chaquetas o en forma de botón negro en el ojal de la solapa. Mujeres sueltas cubriendo con sus abrigos negros los estraperlos, ofreciéndolos en susurros a los que salían del metro: «Llevo pan, llevo café, llevo tabaco». Un enjambre en la boca del metro de Callao. Y hombres, muchos con uniformes variopintos, de guardias, de soldados, de policías municipales, de funcionarios, de conserjes, de militares, de curas, y también de monjas, de enfermeras y mujeres del servicio doméstico. Algunos de esos uniformes (falangistas) no los había visto antes.

Otra: en menos de diez metros se cruzó con ¡tres! tuertos que cruzaban la frente con un trapo negro a modo de venda y otros que llevaban la manga huera

del gabán o la chaqueta metida en el bolsillo. Y muchos con insignias de Falange en la solapa o el emblema del Servicio Social (Ss).

Nada más salir de la Ate, se dio de bruces con una cuerda de presos. Cuatro o cinco. Parados en medio de la acera. Tuvo que pedirles permiso para poder salir, porque tapaban la puerta. Al pasar a su lado la gente bajaba la cabeza y apretaba el paso para dejarlos atrás. Los conducían a pie y esposados. Smith no pudo evitar preguntarle a uno de los dos guardias adónde los llevaban. Lo que nadie preguntaba. El guardia, intimidado acaso por su aspecto (la ropa), el acento raro o el modo en que le miró al preguntarle, sin pestañear, le respondió jerárquico:

—Los llevamos a la estación. Los han sentenciado, y dos van a Santoña y tres al Dueso. Un viejo nos ha pedido entrar ahí a orinar, va enfermo de la vejiga.

Salió este en ese momento del bar, acompañado por un guardia; un viejo decrepito. Apenas podía caminar. Smith se fijó en sus zapatos. Negros, rotos, sucios. Le ataron con los otros y siguieron camino hacia la estación del Norte.

Otra: también se cruzó en Gran Vía con dos oficiales alemanes, abrigos largos de piel color fango y rutilantes botas de media caña. Estos uniformes ya los había visto en Francia.

Otra: pese a los lutos, Madrid le gustó mucho. No había pensado que tanto. Los niños y muchachos que volvían a mediodía de los colegios parecían los de cualquier lugar, distraídos si iban solos, riendo y hablando en alto si lo hacían con otros chicos o en compañía de sus madres y niñeras. También los dependientes de comercio. Algunos de estos cantaban, otros iban hablando solos, a voces, algunos caminaban a saltos como los

corzos. Como el niño churrero de la Ate. Vio a un guardia de tráfico afearle a uno de esos chavales el escándalo, y a este echar a correr muerto de risa, y seguir cantando a grito pelado. Y al guardia decir: «¡Granuja! ¡Qué poca vergüenza!».

En la plaza de Isabel II vio un armatoste de hierro, un tostadero de café. Alrededor dos o tres golfos y uno de los cocheros de los que tenían la parada allí, un viejo con la cara marchita, parecía el doble del preso enfermo de la vejiga. Tosía y a cada tos parecía echar a trozos los pulmones. Trataban de calentarse un poco. Los efluvios azucarados del café, tan agradables, se mezclaban con los de la bosta caliente, también dulzones.

Ese olor familiar despertó su apetito. Buscando un sitio donde comer, pasó por delante de dos droguerías, una tienda de suministros eléctricos, una cerería, tres ferreterías, una confitería, otra tienda de paños religiosos, bastantes tabernas, un salón recreativo, Bar Los Nibelungos, Edelweiss, Cervecería Baviera... Mucho rótulo alemán. Y a pesar de esto último, Cortés se dijo: «He vuelto». No acababa de creérselo.

Entró en los barrios bajos por la Cava de San Miguel. Las casas de ese barrio, viejas y mal encaradas, se apoyaban unas en otras sin resuello.

Por Mesón de Paredes bajaba un carro cargado de enseres variopintos. ¿Mudanza, desalojo? El carretero tiraba del cabezal de un caballo corpulento, de pezuñas lanosas, frenando el descenso. Se aplastó contra el portalón de una vaquería para dejarlos pasar. El estrépito de las llantas de hierro en los adoquines y las voces conminatorias del carretero llenaron por un momento la calle desierta. Cuando el carro pasó, Cortés se asomó al portalón lóbrego de un edificio imponente. El am-

plio y húmedo zaguán estaba vacío. Al fondo, en la penumbra, una puerta estrecha, negra, de cuarterones, y a mano derecha, a la vista, una especie de agujero practicado en el muro. Encima de este mechinal, un cartel en una porcelana antigua, desportillada: «Abandonado de mis padres, la caridad me recoge». Había entrado en la Inclusa, aquel era el torno donde exponían a los hijos ilegítimos y abandonados de Madrid.

Oyó que alguien le preguntaba, a sus espaldas:

—¿Busca usted algo?

—No.

—Pues aquí no se puede estar.

—Ya me iba.

Aquel hombre se coló por la puerta del fondo sin decir nada y Cortés siguió hacia la calle de Toledo. En la de Amazonas, entró en El Anillo.

Una taberna oscura, sin ventilación ni otras luces que unas bombillas anémicas y la que entraba por un pequeño escaparate en el que se exhibían un par de cazuelas con caracoles y guisos fósiles de color terroso, tres aspas de zarrajos y un tostoncillo céreo de lo más humano. Las bombillas, de pequeño voltaje, hacían su trabajo como podían en aquellos tiempos de suministro tasado con usura.

Era día, le adelantó el camarero, del plato único. Le explicó de una manera somera y graciosa en qué consistía aquel servicio, invento del gobierno:

—Usted paga dos platos y come uno, pero no tiene por qué apurarse porque en el mismo plato nosotros le ponemos los dos, usted come como siempre pagando lo mismo, nosotros cobramos igual, pagamos o no al gobierno las tasas, y el gobierno contento.

En cambio le obligó a ponerse en la solapa de la americana y pagar el emblema del Servicio Social

(«una formalidad, por si tenemos la inspección. Luego se lo quita y se le reembolsa»).

El establecimiento estaba vacío. En el mostrador, de pie, dos mozos de cuerda viejos, vestidos con ropas andrajosas, daban cuenta de un vino enérgico de color olvido. Por las paredes, tapizadas con fotos recientes de toreros, estampas de *La Lidia*, recortes de periódicos y retratos de figuras colosales de la fiesta.

Le sentaron en una mesa cerca de la puerta que daba a la cocina.

—¿Qué preparan aquí bien?

—Tienen fama los callos. ¿Sabe qué son?

—Sí. Traígalos.

—¿De dónde es usted, si no es indiscreción? —preguntó con esa familiaridad de los camareros madrileños.

—De los Estados Unidos.

—Pues para ser gringo habla usted de maravilla.

Aprovechó Cortés la espera y abrió el sobre que le habían entregado en recepción. Llevaba el membrete de la Casa Americana. Su amigo Emmet Hughes le daba la bienvenida. Hacía dos años que no lo veía. Se disculpaba por no recibirle en persona. Tenía un día endiablado.

Cortés dejó en la mesa diez pesetas, y no esperó las vueltas.

De regreso al hotel, a la altura de Doctor Cortezo, oyó unas voces a sus espaldas.

—¡Míster, míster!

Vio venir corriendo hacia él a un muchacho que llevaba en la mano su sombrero.

—Que se lo ha dejao.

La costumbre de no haber gastado nunca sombrero.

—¿Tú has estado esta mañana llevando unos cafés a la Agencia Transatlántica?

—¡Arrea!, ¿cómo lo sabe?

—Estaba allí.

—No me fijé. Es que, sabe usted, la pelirroja me trae loco, y cuando estoy delante de ella no me fijo en otra cosa, como que no soy persona. Juega conmigo. ¡Mujeres!

—¿Qué años tienes?

—Trece.

Se había colocado delante, cortándole el paso, esperando acaso una propina, a tenor de la que había dejado en El Anillo.

—¿No tendrías que estar en la escuela?

—Para mí acabó el año pasado. Cosas de la vida...

Subió y bajó el hueso de su nuez incipiente. Inclinaba un trago amargo.

No se sabía si lo decía en serio, porque más que hablar parecía cantar los recitados de una zarzuela.

—¿Aprendiste a leer?

—Oiga usted, ¿por quién me toma? Leer y escribir de corrido. Mi'a tú este. Y cultura general la que demanden.

Tenía una cara salada y de gran inteligencia. Mirada de ida y vuelta. El pelo rebultado de la mañana seguía rebultado por la tarde. Las orejas pequeñas y despegadas. Un poco granuliento. El bozo le sombreaba el labio superior a la espera del primer afeitado y la voz estaba a punto de cambiarle.

—¿Trabajas en El Coso?

—El Anillo. No, señor. Por la mañana reparto los cafés y churros de El Flor, a mediodía me paso por El Anillo, por si hay que echar una mano en la cocina, y a cambio me dan de comer. Por la tarde llevo el *Informaciones* a los cafés hasta que salen de los teatros y los cines, y alguna cosilla más.

—¿Como qué?

—¿Qué va a ser? Oiga, ¿no será de la bofia? Lo normal. Cuando lo hay, tabaco, gomas, piedras de mechero y esas cosas...

Smith sacó de la cartera un billete de cinco pesetas.

—¿Cómo te llamas?

—Por un duro me llamo como usted quiera. Melchor Fernández Rubio, Chito, para servirle.

—¿Mañana qué haces?

—Lo que mande usted.

—¿Puedes venir a las diez al hotel?

—No, señor, a esa hora reparto. Pero a las doce ya he terminao.

—Bien. Te pasas por el Palace.

—Aguarde, ¿y por quién pregunto? Porque allí no me van a dejar entrar. Por las pintas.

—Por el señor Benjamin Smith. ¿Te acordarás?

—¿Va usted ahora al hotel?

—Sí.

—Le acompaño. Lo digo para que los cancerberos del Palace me vean con usted y se vayan haciendo con mi figura.

—Oye, ¿hablas siempre así?

—¿Cómo?

—Con cascabeles.

—Pues no sé. Me sale natural. Mi madre dice que se pasaron con la sal en mi bautizo. Y que con el raquitismo que tuve hace dos años se me agrandó la mente.

—¿Qué te pasó?

—Dicen los médicos que fue de resultas de comer almortas un año entero, y que igual no crezco más. Sabré yo si me desarrollo o no.

—Anda, vamos.